

BLANES

La primera roca de la Costa Brava

Puestos a emprender un viaje por la Costa Brava, es decir, puestos a recorrer los veintidós términos municipales y los 215 kilómetros de litoral que van de Blanes a Portbou, en una armónica sucesión de rocas, calas, playas, puertos, pueblos, acantilados, humedales y bosques echados a perder en buena parte por una urbanización excesiva, lo mejor es empezar por Blanes, la población que lleva con orgullo la etiqueta de Pórtico de la Costa Brava. Más aún, lo ideal es iniciar el viaje subiendo a Sa Palomera, la roca fundacional que marca, según los puristas, el punto exacto donde empieza esta costa que visitan cada año más de cinco millones de personas.

Sa Palomera, una roca la mar de accesible —basta con subir unos pocos peldaños para alcanzar la cima— ejerce, pues, de línea de salida de este viaje, a pesar de que cuando estoy en ella tengo la sensación de que se trata más bien de un prólogo, puesto que la Costa Brava auténtica se intuye a partir de la punta de Santa Anna, un promontorio rocoso, coronado de pinos y casas, que se levanta más allá del puerto y que penetra en el mar como la proa de un gran navío.

Desde Sa Palomera siento la evidencia de encontrarme en una roca bisagra que separa dos costas muy distintas. Mirando al sur, la comarca del Maresme —de playas alargadas y arenosas, con un corredor a pie de sierra lleno de urbanizaciones, autopistas e invernaderos— parece rendirse a partir de Blanes para ceder todo el protagonismo a un paisaje montañoso, poblado de bosques de pinos, que se desploma en un mar que, enfrentado al vivo color de las rocas —blancas, rojas y negras—, parece volverse más azul, limpio y luminoso. A partir de aquí se impone una costa rocosa y una vegetación distinta. Empieza la Costa Brava, empieza otro mundo.

En contra de lo que podría pensarse, el origen del topónimo «Costa Brava», aplicado al litoral que va de Blanes a Portbou, ni se pierde en la noche de los tiempos ni nació hace cuatro días en la mesa de un publicista. El nombre surgió hace cien años, en otoño de 1908, en la sobremesa de un banquete celebrado en la finca El Paradís, de Fornells, propiedad del entonces diputado Bonaventura Sabater. Asistieron, además de Sabater, el periodista Ferran Agulló y prohombres catalanistas como Francesc Cambó, Lluís Duran i Ventosa, Enric Prat de la Riba y Josep Puig i Cadafalch.

Hay divergencias sobre si fue Sabater o Agulló quien, a la hora de los brindis, pronunció el nombre «Costa Brava», pero de lo que no cabe duda es de que le corresponde a Ferran Agulló el honor de ponerlo por vez primera por escrito. Días después del encuentro, el 12 de septiembre de 1908, Agulló publicó en el diario *La Veu de Catalunya*, con el seudónimo de Pol, un artículo titulado *Per la costa brava* (en minúsculas), en el que decía:

«¡Oh, nuestra costa brava, sin par en el mundo! La de Mallorca es más dura, más fantástica, más grandiosa: está construida por los temporales que el golfo lanzó contra la isla hace miles de años; la Costa de Oro, que comparten Italia y Francia, es más dulce, más soñadora: una haldada de flores; pero la nuestra, desde el río Tordera hasta el cabo de Creus, y siguiendo por Port de la Selva hasta Banyuls, lo es todo: brava y risueña, fantástica y dulce, trabajada por los temporales a golpe de olas como un

alto relieve y bordada por los besos de la bonanza como una exquisitez de monja paciente para quien las horas, los días y los años no tienen valor de tiempo.»

En el mencionado artículo, influenciado por un poema de Costa i Llobera, que en 1903 calificó de «costa brava» el litoral de Mallorca, Agulló elogia «el maridaje del mar y la tierra, los cabos y las bahías, las calas y los acantilados, el alboroto de rocas de todos los colores y formas, los tonos, la transparencia de las aguas y sobre todo la luz, esa luz clara, más viva, más bella que en ningún otro lugar del mundo».

El tiempo ha confirmado el topónimo «Costa Brava», a pesar de que a Josep Pla nunca le gustó, e incluso llegó a proponer, sin éxito, el de Costa de Coral. Bastantes años antes, en *Historia del Ampurdán* (1883), Josep Pella Forgas, deslumbrado por las ruinas de Empúries, había propuesto el de Costa Griega de Cataluña, y Joaquim Ruyra creía que le sentaba bien, sobre todo a la parte sur, el de Costa Serena. Pero finalmente el nombre de Costa Brava es el que designa lo que antes era conocido como Marina de la Selva o Marina del Ampurdán, dependiendo de la comarca, o sencillamente Costas de Levante. Por si quedaba alguna duda, en 1965 el franquismo ratificó el nombre por decreto gubernamental, que era como se homologaban las cosas en aquellos años en los que el sol iba de la mano de la sangría, los toros y el flamenco.

Pasé dos veranos de mi vida, en la incómoda etapa de la adolescencia, en un apartamento que tenían mis padres cerca del puerto de Blanes. Los recuerdos que me quedan son las muchas horas pasadas en la playa, los baños refrescantes, el sabor a sal, la luz cegadora del mediodía, las canciones pegadizas del verano, el murmullo de las barcas cuando regresaban a puerto, las primeras discotecas, las espectaculares suecas, el castillo de fuegos artificiales de la fiesta mayor —por Santa Ana, el 26 de julio— y alguna comilona en Can Patacano. Ahora Can Patacano ya ha cerrado —su lugar lo ocupa un restaurante chino—, aquellas discotecas ya no existen y las suecas por las

que suspiraba deben de ser todas madres de familia, si no abuelas. El tiempo pasa deprisa, sobre todo en la costa, donde cada verano parece dar inicio a una nueva vida.

Es una lástima que en aquella época aún no conociera la obra de Josep Pla; de lo contrario, en lugar de escuchar las canciones repetitivas del verano, hubiese podido leer curiosidades sobre la historia de Blanes, un pueblo de pescadores que a partir de 1923, con la instalación de la fábrica SAFA (hoy, Nylstar), pasó a ser también industrial; y hubiese podido retroceder hasta los tiempos griegos o romanos, cuando Blanes se llamaba Blanda y por ella paseaba un héroe llamado Theolongo Bachio, que defendió a la población contra los cartagineses y a quien Pla califica de «primer turista extranjero».

Paseando por las calles de Blanes —una de ellas, por cierto, dedicada a Theolongo Bachio— tengo la sensación de que, como mínimo, conviven bajo este nombre tres pueblos distintos: el turístico, visible sobre todo en la playa y en el paseo Marítimo; el industrial, concentrado en las fábricas y en las calles impersonales de las afueras, y el de toda la vida, agazapado entre el paseo y la colina en la que se alza la iglesia de Santa María y los restos del palacio vizcondal.

Es en los barrios de S'Auguer, de El Raval y de La Carbonera donde encuentro el Blanes de siempre, con lugares destacados como la fuente Gótica, del siglo xv, la casa donde nació el escritor Joaquim Ruyra, la modesta y encantadora capilla de la Esperanza y el agradable paseo De Dintre, donde los lunes hay mercado. Los nombres populares de las casas antiguas, recogidos en azulejos para salvarlos del olvido, son bastante explícitos: Ca na Maria dels Plats (casa de Maria de los Platos), Can Joan Taps (casa de Juan Taponés), Ca na Primitiva (casa de Primitiva), Can Cassalla (casa Cazalla), Ca na Figa de Moro (casa de la Higo Chumbo), Ca na Teta (casa de Teta) Ca la Miracielos, Can Pa i Alls (casa Pan y Ajos)... Son nombres transparentes que hablan de cuando todos se conocían y de cuando se sacaban las sillas a la calle para gozar de la vida de pueblo al fresco.

Justo frente a Sa Palomera, algunas barcas dispersas en la arena evocan la vocación marinera de Blanes, pese a que no se ven los hombres adustos que retrató Joaquim Ruyra (1858-1939) en cuentos

vibrantes como *El rem de trenta-quatre*, en el que narra un movido viaje por la costa en barca de mediana. La fuerza de la palabra de Ruyra estremece en la descripción de una tempestad que hace en el cuento *Mar de llamp* (Mar de relámpago): «El sol se había entristecido en medio del cielo sereno. Mientras, la tormenta crecía en el horizonte, amechonada y negra. El mar, fatigado por la presión que sufría, se hundía a trozos, y se hinchaba después con un jadeo pesado que se iba haciendo más visible. Grandes olas reventaban ya en la playa y lengüetas espumosas llegaban hasta las hierbas. Y el rumor lejano aumentaba ronco, profundo, solemne, distinguiéndose a pesar de otros ruidos más vocingleros que aturdían el aire».

A mediados del siglo XIX había en Blanes los astilleros más importantes de Cataluña, pero en los últimos años, desde que se ha impuesto el dinero fácil del turismo, queda muy poco de aquel mundo. Con la intención de recuperar el antiguo espíritu de la población, me he citado con Félix Gibernau, carpintero de ribera nacido en el barrio de S'Auguer en 1925.

—Mi padre era carpintero de ribera, y también mi abuelo y mi bisabuelo— me dice para empezar, sentado en una de las mesas del restaurante de su hija, en la calle S'Antiga—. Yo soy la cuarta generación, y mi hijo, la quinta, aunque los astilleros de ahora nada tienen que ver con los de antes. Ahora la madera prácticamente no se trabaja; se usa para el mantenimiento de las cuatro barcas que quedan y nada más. Ahora todo es plástico.

Cuando le pregunto si se acuerda de cuándo empezó a trabajar de carpintero de ribera, suelta un suspiro y se remonta en el tiempo.

—De niño yo ya corría entre maderas, y muy pronto ayudé a mi padre en el astillero que tenía frente a Sa Palomera —cuenta—. Pero fue tras la guerra, en los años cuarenta, cuando empecé de verdad. Todo lo hacíamos en la playa. Teníamos algunas herramientas, claro, pero el trabajo se hacía a mano, con cepillos, barrenas... Ahora nadie sabría hacerlo... Construimos muchas barcas medianas e incluso un pailebote. La penúltima que hicimos se llamaba *Rumbo al sol* y medía veintiséis metros. Arriba tengo fotos.

Subimos al piso superior para ver fotos de la botadura del *Rumbo al sol*. Son en blanco y negro, como corresponde a un tiempo que no volverá. Mirándolas, Félix Gibernau no puede evitar que su voz se quiebre.

—Era una vida dura, sí, pero volvería a vivirla ahora mismo —dice, convencido—. Disfrutaba cogiendo la azuela y dando forma a la pieza. Disfrutaba como un cangrejo. Los jóvenes de hoy ni siquiera saben coger la azuela. Ahora todo es cepillo eléctrico... Era un trabajo muy bonito, mucho. Recuerdo las barcas de vela, los bous, los laúdes... ¡Qué tiempo aquel!

Cuando estalló la guerra, en 1936, la CNT colectivizó los astilleros y concentró a los carpinteros en el barrio de Els Pins. En 1937, en vista de que faltaba de todo, intentaron construir un pailebote para ir a buscar alimentos a Francia, pero no llegaron a terminarlo y su esqueleto quedó abandonado en la playa.

—Acabada la guerra —continúa—, apareció en Blanes un hombre disfrazado de falangista que nos dijo: «Yo me hago cargo del astillero y, si no estáis conmigo, os haré la vida imposible». Y como mi padre era más bien de izquierdas, se acojonó y se quedó con él de encargado.

Cuando el falangista se marchó, los Gibernau trasladaron el astillero al muelle, donde construyeron traínas para L'Escala, Lloret de Mar, Blanes, Pineda de Mar... Luego hicieron barcas de arrastre y, a partir de 1950, barcas más grandes.

—Aquellas ya cogían mucho pescado, demasiado —recuerda—. Y ahora los pescadores se quejan de que hay poco... ¿Y qué quieren? Si han estado pescando demasiado durante años... Entre barca y barca hacíamos algún bote. Nos ganábamos bien la vida, pero entonces era distinto: se hacía el trabajo por lo que valía. Ahora no: todo se hace de cualquier manera. No hay responsabilidad ni nada.

Félix Gibernau insiste con orgullo en que antes el proceso de construcción de las barcas era absolutamente artesanal.

—Lo hacíamos todo nosotros —apunta—. Íbamos a los bosques de Olot a elegir los árboles, los marcábamos con una señal e intentábamos que la veta de la pieza siguiera la plantilla. Lo hacíamos

todo. Primero mi padre dibujaba el plano, después hacía media maqueta y la discutía con el armador, que podía decir: «Hazla más llena de proa», o lo que fuese. Después hacíamos el trazado a medida y una plantilla para cada cuaderna. Poníamos pernos, hacíamos los encajes... Usábamos roble para la quilla y las cuadernas; el resto lo hacíamos con pino piñonero. Al final, poníamos los pernos de 40 o 45 centímetros para unirlo todo. El herrero nos los hacía a medida. Y lo taladrábamos todo a mano... Era un trabajo bonito, muy bonito.

Tengo la impresión de que Félix Gibernau podría estar horas hablando de sus tiempos de carpintero de ribera, como si conociera de memoria todos los detalles y secretos de las barcas que ha hecho. De vez en cuando, se detiene, aprieta los labios y menea la cabeza como si no acabase de creer que este mundo se ha desvanecido. Es evidente que la playa de ahora, invadida por los turistas, poco tiene que ver con la de sus recuerdos.

—La mar era entonces mucho más traidora —dice con la mirada encogida—. Los temporales eran mucho más fuertes, con olas de tres metros y medio que rebotaban contra las fachadas de las casas. Ahora la gente ve una ola de un metro y dice que es un temporal... Si llegara uno de los de antes, se lo llevaría todo por delante.

Dejo a Félix Gibernau mirando fotos antiguas, de cuando las barcas se construían en la playa y a golpes de azuela, y camino hacia el paseo para reencontrarme con el mar. Luce un tímido sol de primavera; la playa está todavía vacía, pero ya hay algunos extranjeros que se pasean en camiseta, bañador y alpargatas, el uniforme oficial del verano.

Sentado en una terraza, no muy lejos del monumento a Joaquim Ruyra (que parece más bien dedicado a San Francisco de Asís), repaso la documentación que llevo conmigo. Viendo los desastres urbanísticos que se han hecho en los últimos sesenta años, hoy resulta casi una broma recordar que Emerencià Roig i Raventós (1881-1935), precursor del turismo en los años veinte, quiso hacer en la playa de S'Abanell, según recoge la revista *Recull* de 1924, un parque natural de Blanes, «conservando por todos los medios los pinos de S'Abanell, el pinar más hermoso de la costa». En esta misma línea, en 1928 la em-

presa Viatges Blaus, fundada por el empresario Jaume Merill, de Sant Feliu de Guíxols, creó una ruta turística con dos barcos que salían de Barcelona el domingo a las siete de la mañana y, después de hacer escala en Blanes, Lloret y Sant Feliu de Guíxols, regresaban de noche a Barcelona. Fue un primer intento de turismo selecto que quedó interrumpido por el estallido de la Guerra Civil. En el viaje inaugural, el 1 de julio de 1928, la copla La Principal de la Bisbal y el Orfeo Català ofrecieron un concierto a los pasajeros.

Acabo la visita a Blanes subiendo a la colina de Sant Joan, asediada por casas de veraneo cerradas a cal y canto. En lo alto hay una ermita con motivos marineros y los restos de un castillo del siglo XIII donde ondea, entre antenas, una bandera catalana descolorida. Pero lo mejor es la vista, tanto la del arco bien trazado de la playa, como la del pueblo que crece tierra adentro, las montañas que lo rodean —repletas de urbanizaciones— y la costa un tanto salvaje que empieza en la punta de Santa Anna y que merece el nombre de Costa Brava.

Desde lo alto, lejos aún de la temporada alta, imagino cómo será la playa en verano, cuando los miles de turistas la inunden y cada centímetro de arena valga su precio en oro. Decía el escritor chileno Roberto Bolaños (1953-2003), instalado en Blanes desde 1986, que le gustaba esta población porque «no es un balneario de ricos, sino de proletarios». En un prólogo que escribió para la fiesta mayor, escribió:

«Llega la primavera a Blanes, la primavera que a todos nos iguala, y hasta el más agrio de los habitantes del pueblo ensaya no una sonrisa sino una mirada distinta, como si la primavera fuera una máquina soltera, es decir una máquina en principio incomprensible, inargumentable, que arriba al pueblo no se sabe por dónde, tal vez por el mar, tal vez por las montañas, tal vez por los huertos en donde negros y blancos se afanan sembrando lo que sea y se detienen en medio de un surco o en medio de una semilla, así como el más agrio de los habitantes se detiene en una esquina de improviso llena de moscas, a observar la llegada de la primavera, esa máquina soltera que los niños, incluso los niños más infelices, comprenden mejor que los adultos. Y ya está, no hay nada que argumentar, la primavera llega al pueblo y Blanes se convierte en Blanes

Ville o en Blanes sur Mer, que diría Joan de Sagarra, nuestra pequeña ciudad imaginaria, nuestra ciudad entregada a los caprichos de la máquina soltera que ha llegado por alguna parte aunque nadie sabe por qué parte; por el mar seguro que no, porque hasta el mar parece sorprendido de su arribada. En realidad, si uno se pone a pensar (es decir, si uno se pone a pensar como una máquina soltera), la primavera parece que ha entrado por la torre de Sant Joan, que es, junto a la fuente gótica, el único edificio del pueblo que permanece imperturbable, como si en su composición molecular convivieran las cuatro estaciones, y que para algunos blanenses resulta la puerta ideal para que llegue no sólo la primavera sino muchas otras cosas, una página escatológica de Joaquim Ruyra, por ejemplo, o las gambas más rojas de la Costa Brava o la alegría de estar vivos y no necesitar argumentar nada al respecto.»

Recuerdo estas bellas palabras, que subrayan la buena relación de Bolaños con Blanes, mientras regreso hacia el coche para proseguir el viaje por la costa.